

HOJA



NUMERO 2: MANUEL DURAN

LABIOS DEL PRESENTE

Labios del presente, abiertos en viva carne,
quiero hablaros de mí
y de las cosas que me rodean,
que laten como un solo corazón oscuro,
que me golpean y luchan
para hacerme suyo.
Oh, las rocas, cómo me desean,
cómo cantan por mí, por mi cuerpo,
¡cómo se me hunden por la mirada y por las venas!
¡Con cuánta angustia me sacude el viento
para hacerme suyo!
¿Y quién comprenderá la plegaria de mil manos de hierba?
La tierra es fecunda y hermosa
como mi propio cuerpo, y me dice:
¡Es tan sencillo! Basta
con que te tiendas bajo el cielo
con voluntad de morir.
Y se hará el milagro.
Tu boca tendrá gusto de tierra.
Las raíces te mecerán en la noche.
Un roble hermoso saldrá de tu vientre
y la frente se te llenará de pájaros.

Labios del presente, abiertos en tierra dura,
yo os he acariciado largamente
y os he dicho: ¡Es tan sencillo!
Basta
con que os tendáis bajo el cielo
con voluntad de amar.
Mi cuerpo es fecundo y hermoso
como la propia tierra.
Y se hará el milagro.
Vuestras entrañas sabrán a boca,
y se abrirán ojos entre las rocas.
Mis brazos mecerán a la noche.
Un vientre hermoso
se abrirá dentro del roble,
y los pájaros llevarán frentes en las alas.

Labios del presente, abiertos en la noche dura,
yo quiero traspasaros de angustia más lejanas,
haceros revolar, banderas luminosas,
por un futuro de virgen dormida,
de pájaro roto que se deshoja
en brisas tiernas y en verdes infinitos.
Labios del presente, os vengo a visitar
como la madre que salva a caricias de amor
al niño moribundo, adormecido en su luna
y triunfa en silencio y en lenta delicia

de una muerte demasiado fácil, demasiado vacía de angustias.
Labios del presente, quiero borrar del cielo
los nuevos días, las nubes, el viento.
Y que todo el cielo sean unos labios abiertos.

Ahora tú, presente, sueñame.
¡Sueñame, aire!
Sueñame inmóvil, infinito,
escondiendo una sonrisa tras cada estrella,
convirtiendo en estatua todos mis deseos,
prolongando con gesto invisible los confines de un mundo
que se adapta exactamente a mi mundo interior.
Ni yo ni mundo. Sólo tiempo
luchando con el espacio por dar forma al misterio.
Porque en el principio estaba el misterio,
y la vida se ha ido enroscando dolorosamente
a su alrededor, sobre su mirada.
Ahora yace aleteando,
traspasado de instrumentos ópticos,
herido de fórmulas exactas,
envenenado de cálculos y dogmas.
Pero tú y yo le daremos nueva vida.
¡Sueñame, presente!

Y he subido por la noche. Por las entrañas de la noche,
dolorosas y duras como flores secretas.
Por el vientre de la noche
que solloza como un pájaro angustiado
al lado de los caminos rotos
que va no conducen a la luna,
despertando a todos los espejos del aire,
cabalgando en todos mis sueños muertos,
he subido por el torso de la noche.
Y su corazón no estaba allí. Vibrantes
lebreles de abril lo ocultan. La noche no se entrega.
En vano el cerco, la voz lejana,
en vano aquellas caricias que le dije.
Mis palabras se aplastan
contra el velo de formas y colores.
Y el corazón no está allí. Angélicos
gestos de estrella lo esconden. La noche no se entrega.
El cuerpo inerte de la noche
vibra y ondea, cabellera de órgano crispado.
Y la noche no está allí. Ni en la larga,
trémula mirada de las aguas,
ni en el apretón de manos de la tierra y la roca.
Las banderas del cielo tienen voces de huída.
La noche deja tras sí

su mirada de virgen que se ignora
prendida bajo tierra como una pequeña lámpara
que no se atreve a entregarse a la muerte.
Y sus cuatro ángulos arden como llamadas.

Yo sé que cuando encuentre a la noche me habré encontrado a mí
que la conquista del misterio (mismo,
es el alba de mi propia carne.
Y mi cuerpo está sembrado de puños.
Puños en pie, llameando miradas,
haciendo florecer mi gran desierto.
Y la voz de piedra, la voz de la noche,
canta perdida en su laberinto.

Tú me impones, noche, un tiempo extraño.
Yo quería perforar tu mirada,
hacerte carne de mi carne.
Quería que fueras la solución secreta
a todos los enigmas de la luz y la armonía.
Porque la única respuesta a la vida
es el misterio que vibra en el corazón de la noche,
que vuela por su cuerpo de fuente,
que me rodea de círculos invisibles,
que me traspasa y me levanta.
He llamado al corazón de la noche
dolorosamente, a través de mi propio corazón.
Y por fin todas las aguas del cielo se turban,
se levantan cánticos en el centro de los seres,
tiembla la dulce muerte que llevamos oculta
y empieza a extender sus alas.
Por fin se abre el corazón invisible.
Me ha permitido subir hacia él lentamente,
mirar un instante
sus ojos que se abren entre torbellinos de estrellas.
Y mis cuerpos vienen tras mí
en bandadas, como pájaros salvajes,
mientras la tierra me llora
con altas lágrimas vacías.

Miguel Durán